

## Casas de estudiantes

# Becas, Sí;

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Otorgar las becas sólo a auténticos estudiantes, acreditados.

No es casual que la policía capitalina y la televisión mercenaria actúen juntas: ¡se parecen tanto! Ambas se proponen modelarnos la vida, mediante procedimientos coercitivos semejantes en el fondo aunque sean diferentes en su apariencia. El hecho es que el lunes 10 de abril irrumpieron cámaras y macanas juntas, en algunas casas de estudiantes para enseñar al público en general los vicios de todo género que allí se practican.

Dos días después, el miércoles 12,

esta vez sin el apoyo televisivo, la policía capitalina dispersó, sin practicar demasiadas cortesías, una marcha juvenil de protesta que volvía de un mitin en el patio central de la Secretaría de Educación Pública, en donde se reclamó la subsistencia de las casas de estudiantes de provincia en la capital.

La causa de las dos acciones policiacas fue la efervescencia causada por un acuerdo del Patronato de Casas de Estudiantes de provincia, consistente en clausurar las habitaciones estudiantiles y canalizar la ayuda que hasta ahora ha permitido su sostenimiento, a dotar de becas a quienes comprueben la doble circunstancia de haber residido en estas casas y estar inscritos en un plantel con reconocimiento oficial.

Esta situación conflictiva esconde uno de los problemas de mayor gravedad en nuestros días, que es la radicalización violenta de núcleos juveniles. Es común conocer experiencias directas sobre actitudes agresivas practicadas por o contra habitantes de casas estudiantiles. Mucha gente puede aportar algún dato de su propia vivencia sobre este particular. Por ejemplo, el autor de este artículo

cenaba hace algunos meses en un restaurant de la calle de San Luis Potosí, frontero a una de estas viviendas juveniles. De pronto, la tranquilidad del lugar fue interrumpida por gritos y disparos de armas de fuego. En seguida, los comensales pudimos ver algunas llamas provocadas por bombas molotov. Poco más tarde se restableció la calma. Se había tratado sólo, según pudimos averiguar después, de una incursión realizada por el grupo político rival del que ocupaba la casa. La naturaleza y frecuencia con que acciones de este género se repetían queda expresada por la siguiente respuesta, dada por un estudiante al locutor de la televisión que lo interrogaba sobre el ataque a una casa de jóvenes tabasqueños:

“...salió el compañero para ver que era y le dieron un balazo en el abdomen; entonces yo salí por la azotea, para ver si podía pedir auxilio por algún medio. Entonces, me encontré otro muchacho que venía por arriba, saqué el rifle y empecé a disparar...”

El problema de las casas estudiantiles que ahora se intenta resolver se ha formado por sedimentación, por agregación de una diversidad de causas que es preciso tener en cuenta. Dos de ellas saltan a la vista. La primera es la insuficiencia del sistema educativo nacional, misma que obliga a no pocos estudiantes a buscar oportunidades de enseñanza en la ciudad de México. Los más de ellos son extremadamente pobres, de suerte que tienen que atenerse a la beneficencia gubernamental para sobrevivir. Antaño, una forma que pareció pertinente para proveer tal auxilio fue el sostenimiento de casas de huéspedes cuyos costos son sufragados por el Estado. Así surgieron las casas de estudiantes, algunas de ellas de tradición casi centenaria.

Hace mucho, sin embargo, que la idílica convivencia en esta clase de habitaciones colectivas, pintada por un romanticismo que seguramente no las conoció nunca de cerca, pasó a formar parte entre